

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

549

25
cts

ANN HARDING

HARRY BANNISTER
ELMER BALLARD

SU INTIMO SECRETO

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO X

BARCELONA

N.º 549

HER PRIVATE AFFAIR

Su íntimo secreto

Intrigante y dramático asunto, dialogado en
español e interpretado por

**Ann Harding, Harry Bannister,
Lawford Davidson, etc.**



Exclusiva de

Cinamond Film

Balmes, 51

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RONALD COLMAN

Su íntimo secreto

Argumento de la película

Dora Kessler era elegante, soñadora, bella y rica. Su marido, el juez Kessler, la adoraba con ese ciego delirio que al hombre austero, avezado a la seriedad de la Corte de Justicia, le inspira la delicada criatura que es su compañera y esposa.

Sin embargo, Dora amaba los viajes, las lejanas costas propicias a los ensueños. Una primavera visitó Italia, el país del romance eterno, donde todas las cosas parecen hablar de amor.

Su marido no pudo acompañarla en aquella excursión que Dora realizó con una camarera de confianza.

Dora, temperamento exaltado y dado a los romanticismos, se sintió contagiada por el aire de Italia, por la perversidad que en los corazones ardientes ejerce aquel país del sol.

En el mismo hotel donde ella se hospedaba, se hallaba el joven Carlos Hartmann, un muchacho económica y moralmente arruinado. Padece gran escasez de dinero y por su alma había pasado esa huella de indiferencia cruel para todo lo que no fuera el frívolo placer pasajero.

Había estado en la guerra europea, y el constante espectáculo de la muerte y los sufrimientos de la campaña, dejaron para siempre en su vida un angustioso desdén para todo lo espiritual y un único afán para los placeres materiales.

Hartmann era un buen tipo, lo que se llama un hombre elegante y "chic". Además sabía hablar bien e imprimía en sus conversaciones ese dejo de melancolía de las gentes que han vivido con extraordinaria intensidad.

Viajaba Hartmann en compañía de su criado Grim, también un antiguo combatiente de la guerra, un sujeto medio degenerado por el abuso de la morfina, pero que le servía admirablemente de mayordomo o secretario, según las veces y las circunstancias.

La convivencia de Dora y Hartmann en el mismo hotel hizo que entablasen una buena amistad.

Hablaron de Roma, de las bellezas que encerraba la Ciudad Eterna, y Hartmann se brindó

a acompañarla a museos y ruínas que ella no había visitado aún.

Accedió la esposa del juez, de muy buena gana, y juntos visitaron el Coliseo, el Foro, el Pantheon y los distintos Museos de la artística ciudad.

Regresaban siempre a la caída de la tarde, saturándose del aire fino y perfumado que enviaban los Apeninos.

Otras veces realizaron excursiones por los alrededores, fueron a Frascati, a Tívoli, a los deliciosos lugares de la campiña romana. Y estos paseos en soledad, la ruta por los caminos que parecían de enamorados, hizo que se estableciera entre los dos un idilio, un "flirt" intrascendental.

Para Dora no fué aquello más que un pasatiempo puramente platónico, que una insignificante inclinación sin consecuencias. Congeniaban en gustos, en ideas, en el concepto artístico de las cosas, y ésto les unía con extraordinaria facilidad. Pero cuando Hartmann pidió más, cuando quiso que el "flirt" tuviera otros caminos más serios y profundos, ella se disgustó, negándose a la continuación de relaciones.

Un día Dora marchó de la ciudad para recorrer otras ciudades de Italia. Hartmann, a quien asuntos urgentes le impedían moverse por el momento de Roma, le escribió varias veces participándole la nostalgia en que se encontraba y cómo hubiera deseado encontrarla y hacer juntos la misma excursión.

Ella, influenciada por la soledad, por el aturdimiento que ejercían en su alma las diferentes ciudades que visitaba, le contestó en términos muy afectuosos, diciendo que no le olvidaba y que recordaba con deleite las visitas que hicieron solos por los lugares más típicos de Roma y por las pequeñas ciudades tan pintorescas de sus contornos.

Casi sin darse cuenta, deslizó la pluma hacia algunas consideraciones peligrosas, hablando de su soledad, de su ardiente deseo de amar que le inspiraba las poéticas ciudades del medioevo.

Aquel idilio epistolar duró lo que la excursión de Dora. Cuando ésta regresó a Viena, pareció librarse al fin de la malsana influencia de una atmósfera demasiado azul y apasionada.

¡Qué loca había sido mandando aquellas cartas a Hartmann! ¡Oh, si su marido supiera, si encontrara alguno de aquellos escritos! ¿Qué pensaría de ella? ¿No la acusaría de una grave infidelidad? Y sin embargo, ella tenía la conciencia bien tranquila, porque todas sus acciones fueron puramente espirituales y dominadas por el medio ambiente.

¡Bah! Quedaba bien enterrado el recuerdo de todo aquello. Cesaría para siempre su correspondencia con Hartmann. Este muchacho era simpático y atrayente, pero ella no tenía derecho siquiera a ocuparse en lo más mínimo de él. Amaba a su marido con toda el alma, le quería con entrañable fe, y a su lado volvía a ex-

perimentar las verdaderas satisfacciones de su espíritu.

El juez Kessler no sospechó en absoluto el romanticismo que había pasado por el corazón de Dora.

Sin ocuparse demasiado de ella, pues como todos los hombres enamorados ciegamente de su profesión, dedicaba más atención a ésta que a su propia familia, se sentía feliz de tenerla al lado y conversar con ella a la hora grata de la sobremesa.

Y para Dora volvía a renacer la verdadera existencia, la dulzura del hogar en que parecía volver a triunfar el idilio de los primeros tiempos y el matrimonio se prometía para siempre una vida de amor y de ventura.

* * *

Algún tiempo después Dora tuvo que comenzar a arrepentirse de la ligereza con que las mujeres entablan a veces amistades con el primer galán que encuentran y que les parece de aspecto distinguido y digno de confianza.

Hartmann se hallaba en Viena. Un día telefo-

neó a casa de Dora, logrando que ésta, en ausencia del marido, se pusiera al aparato.

Ella se estremeció al escuchar aquella voz que no había pensado volver a oír en la vida.

—Pero, ¿qué quiere usted?

—Necesito hablarla... Venga usted a verme a casa. Vivo hace varias semanas en Viena. Aquí fijo mi residencia.

—¿Tiene aquí negocios?

—Y de los importantes. Y el más interesante, usted.

—Perdone, Hartmann, pero creo que ni a usted ni a mí nos conviene reanudar una amistad de viaje.

—Todo lo contrario. Le ruego venga esta tarde a las cinco. Se trata de algo muy importante, señora. Se lo ruego. Apunte mis señas.

Intrigada y con el propósito de ir sólo una vez y enterarse de lo que podía suceder a Hartmann, una tarde Dora se dirigió a la dirección indicada por su antiguo compañero de hotel.

Hartmann ocupaba un pisito confortable.

Salió a recibirle Grim, el criado medio idiota, envilecido por los estupefacientes y por quien Dora sentía profunda repulsión.

La entrevista entre Hartmann y ella se desarrolló en términos fríos, que pronto degeneraron en disputa.

Ella, deseosa de romper todo lazo con aquel hombre, cuya amistad podía comprometerla ante

el juez, le preguntó por qué motivos le había llamado.

—Si vengo es por un exceso de condescendencia —le dijo—. No vaya a creer que por nada más.

—Es usted muy amable... pero esperaba todavía mayor amabilidad... Las cartas de usted que me mandó cuando recorría Italia parecían darme derecho a esperar un recibimiento más cordial.

—Olvide todo eso... No quiera continuar un "flirteo" ocasional, algo sin importancia alguna... ¿Qué desea de mí?

Desnudamente, mostrando por primera vez su alma de aventurero, Hartmann dijo lo que quería. Se encontraba en una situación económica realmente apurada. En Roma le fueron mal varios negocios de exportación, y ahora se había instalado en Viena para ver si tenía suerte en nuevos asuntos... y también para estar cerca de Dora.

—Esto último no tiene importancia —advirtió ella.

—Usted me tenía que traer la buena suerte y me la traerá... Ahora, que... todavía no he podido arreglar mis asuntos y me encuentro con grandes dificultades. Créalo de veras. Necesito dinero... dinero que podría devolver, por ejemplo, la semana próxima... Si usted fuese tan amable que me pudiera prestar mil coronas.

—¿Yo? ¿Y de dónde quiere usted que las sa-

que? ¿Me considera rica? En casa se vive de lo que gana mi marido.

—Y también de una pequeña renta. Ya me he enterado, señora. Espero, pues, me conceda ese dinero.

—¡No!

Se levantó pronta a marchar. ¿Qué se había creído? ¿Con qué derecho le exigía dinero?

—Si no me da usted las mil coronas, lamentará mucho haberme conocido.

—¿Me amenaza?

—La prevengo.

—¿Qué va usted a hacer contra mí?

—¿Olvida usted que tengo unas cartas en mi poder? Unas cartas que hablan de unos paseos inolvidables a la luz de la luna. Creo que le harían muy poca gracia a su marido.

—¡Es usted un miserable!

—¡Los negocios, sekora!

—¡Aventurero! Y yo me fié de usted.

—Espero para mañana, sin falta, las mil coronas.

—¡No!

Salió con el decidido propósito de no enviarle ni un céntimo. Pero pasó una noche amarga, plena de dolor, desvelándose constantemente, pensando que estaba amenazado su hogar...

—¿Qué iba a pensar Kessler de ella? ¡Aquel hombre honrado, aquel caballero sin tacha! Aquel noble corazón que tenía una confianza, una fe ciega en la conducta de su esposa.

Estuvo a punto de confesarle al juez la verdad o al secretario de éste, el joven abogado Juan Weild, amigo de la infancia de Dora, un muchacho de gran porvenir y de corazón de oro... Pero tuvo miedo. ¿No iban a empañar la claridad de su alma las sombras de la sospecha?

Y al día siguiente en sobre cerrado mandó a Hartmann las mil coronas.

El aventurero, el pícaro sujeto, creyó haber encontrado una mina con las candideces de la esposa del Juez. Y a los ocho días justos, la llamó de nuevo por teléfono, rogándole otra visita con mil coronas más, "las últimas que le iba a pedir."

Pálida e indignada, Dora fué a verle.

—Le daré las mil coronas con una condición: que me entregue usted las cartas que le escribí.

—Es un deseo muy extraño. ¿Es que no está usted conforme con su contenido? ¿No era cierto todo lo que me decía usted en ellas de su "abandono, de su soledad espiritual"?

—No le importa saberlo. Dame las cartas, y no vuelva usted a acordarse ni del santo de mi nombre.

—¡Imposible! Me acordaré de usted, porque me gusta usted, porque la quiero, porque también el ambiente loco de Italia me contagié y llenó mi alma de amor.

—No quiera usted poner móviles de pasión a su conducta de vulgar aventurero.

—¡En qué mal concepto me tiene! Y yo que no puedo vivir sin usted.

Pretendió estrecharla entre sus brazos, pero ella, enérgica y fría le rechazó de un golpe, obligándole a retroceder.

—¡Las cartas!

—¡No! Me servirán de garantía para deliciosas compensaciones: o su dinero o su amor.

—¡Canalla! ¡Canalla! —dijo ella anegada en un llanto nervioso—. ¡Nada le daré a usted, nada!

Quiso ir hacia la puerta, pero el miserable, arrebatándole violentamente el monedero, se apoderó de las mil coronas que ella llevaba en una carterita.

—¡Ladrón! ¿Está usted contento?

—Hubiera preferido que me las diese usted de buen grado.

Dispuesta a no volver a poner los pies en aquella casa que le causaba horror, pidió con nuevos e insistentes ruegos la devolución de la correspondencia, pero Hartmann, portándose como un rufián, se negó a ello en absoluto.

Y desesperada, Dora salió, acompañada hasta la puerta por Grim, el criado degenerado, que tenía una fría sonrisa fantasmal.

* * *

En vano procuraba acallar su inquietud, la tristeza que la embargaba constantemente. Su marido, preocupado con los asuntos del Juzgado, no se había dado cuenta de que su esposa no era la misma de antes, que cuando sonreía su sonrisa era una mueca de tristeza...

Cualquier llamada telefónica, cualquier visita, sobresaltaba de continuo a Dora.

¿Qué cosas tramaría de nuevo aquel aventurero? Con las cartas en su poder querría hacer de ella su esclava.

Una tarde Hartmann la llamó por teléfono y con la frase enérgica del que sabe ha de ser obedecido inmediatamente, le dijo fuese a verle aquella misma noche y le entregase dos mil coronas.

- No espere usted mi visita.
- La esperaré.
- No tengo el dinero.
- ¡Búsquelo! ¡Pídaselo a su marido!
- ¡No!
- Acuérdese de... lo que puedo hacer.
- No me interesa saber sus malas acciones.

—Bueno, no se enfade. A las once la espero en mi casa... con los billetes.

—¡Canalla!

Colgó el aparato con un gesto de indignación. ¡Qué infamia! ¿Es que ella era rica para pagar tan crecidas cantidades? ¡Oh, no, no! Además, aquello no podía consentirse. Sería una ruína, pues cada vez Hartmann exigiría más y había de atajar fuera como fuese la gravedad de la situación.

Aquella noche misma, Juan Weild, el secretario del Juez e íntimo y fraternal amigo de Dora, fué a invitarla para ir al Teatro de la Opera.

Se negó ella al principio, atormentada por graves preocupaciones, pero su esposo insistió para que fuese.

El juez no la pudo acompañar a causa de su excesivo trabajo.

Dora marchó al teatro de la Opera con su amigo Weild. Pero durante el trayecto le persuadió para que él volviera a casa a ayudar al Juez esta noche, pues Kessler tenía un trabajo extraordinario y era preferible que estuviera con él.

Weild prometió ir un rato. La acompañaría al teatro, volvería luego al despacho del juez, y más tarde, antes no se hubiese terminado la función, iría a recoger a Dora a la Opera.

A todo accedió Dora, que deseaba quedarse un rato a solas para poder ir a casa de Hart-

mann y tener con él una explicación definitiva.

Weild permaneció durante una parte del primer acto en el teatro de la Opera, donde se representaba "Carmen". Al marchar, prometió regresar para el final del último acto.

Sola ya, desconcertada y nerviosa, apenas hubo salido el secretario de su marido, abrió el monedero, se cercioró de que llevaba en él unos billetes de Banco y subiendo rápidamente a un coche se hizo conducir al domicilio de Hartmann.

* * *

Hartmann acababa de sufrir un altercado con su criado Grim, que le reclamaba sus salarios atrasados.

No quiso dárselos el aventurero, alegando que no tenía un céntimo. Grim manifestó que no estaba dispuesto a trabajar en lo sucesivo de balde. Discutieron violentamente, llegaron a las manos, e incluso Grim, desesperado, cogió un revólver que había sobre la mesa y apuntó con él a su dueño.

Hartmann, furioso, le arrebató el arma, y después de pegarle varios golpes le puso en la calle.

Grim, medio idiotizado, se alejó desorientado por las calles, sin saber dónde ir por esta Viena desconocida.

Poco después entró el casero, a quien Hartmann, que se había jugado el dinero que le entregara Dora, le manifestó que no podía pagarle hasta dentro de dos o tres días.

Refunfuñando el casero se alejó, y al bajar la escalera encontróse con una hermosa mujer vestida de blanco, que al verle se cubrió el rostro con el gran cuello de piel del abrigo.

Dora, que ésta era la visitante, saludó con extraordinaria frialdad a Hartmann, que se frotaba alegremente las manos al verla otra vez en su casa.

—¿Trae usted las dos mil coronas?

—No.

—Mal hecho, porque tendrá usted que molestarse en ir a buscar.

—Acabemos, Hartmann. ¿Cuánto quiere usted por las cartas que yo le escribí?

—He ahí una cosa en que no he pensado aún.

—Tome mil coronas... todo lo que tengo... y deme las cartas.

—No... No las doy por menos de cinco mil... y algo más.

—Es usted el peor de los canallas.

—La necesidad nos obliga a muchas cosas, señora... Pero además del dinero hay por medio otra cuestión... ¿Usted!

—¿Qué quiere decir?

—Que no puedo olvidar mi viaje a Italia... que te necesito, Dora... que quiero que seas mía...

Locamente excitado estrechó entre sus brazos a Dora y la besó en los labios.

—¡Quiero que seas mía!... ¡Es el precio que exijo a tus cartas de amor!

—¡Oh, no, no!

Consiguió desprenderse de él, pero Hartmann la seguía persiguiendo y parecía capaz de todo.

Ya la volvía a estrechar entre sus brazos, ya su boca tocaba la suya otra vez.

Entonces vió Dora un revólver encima de la mesa, lo cogió y bruscamente disparó contra Hartmann, con tan buena puntería, que la bala se incrustó directamente en su corazón.

Hartmann, sin un grito, cayó muerto. Ella entonces, horrorizada, se apoderó de las cartas, arrojó el arma lejos de sí y huyó velozmente de nuevo hacia el teatro.

Iban a comenzar el último acto. Por fortuna no había llegado todavía Juan Weild, quien no tardó en aparecer, preguntando a Dora si no se encontraba bien, dada la palidez que se reflejaba en su rostro.

Ella procuró serenarse, asegurando que estaba perfectamente. Pero de vez en cuando no podía evitar un estremecimiento, como un calofrío. Era la terrible idea de que acababa de matar a un hombre.

Cuando terminó la función volvieron a casa

del juez, donde se encontraba el matrimonio Sturm, íntimo amigo de la familia.

El juez Kessler preguntó a su esposa si se había divertido mucho, y ella contestó afirmativamente, aunque asegurando que tenía dolor de cabeza y que se retiraba a descansar.

Se excusó de permanecer con sus visitas y rápidamente metióse en cama. Tenía fiebre. Estaba segura. La invadía una inmensa excitación nerviosa... Pensaba con espanto en que era una homicida.

* * *

Al día siguiente quemó las cartas comprometedoras, las malditas e imprudentes cartas que habían causado un tan espantoso desenlace...

Agitada, leyó el periódico que daba cuenta ya del descubrimiento del crimen.

El criado Grim había denunciado a la policía que al regresar a casa había encontrado a su amo muerto.

La policía se presentó en casa de Hartmann, comprobando esta afirmación y llamando a declarar a varios vecinos.

Desde un principio parecieron recaer todas las responsabilidades sobre Grim, cuyo aspecto de

imbecil, idiotizado por la morfina, le hacía candidato al crimen.

Grim, que era un degenerado, de categoría mental muy inferior, no osaba apenas defenderse. Ignoraba lo que había podido pasar, pero él aseguraba formalmente que era inocente, que no había dado muerte a su amo.

Algunos vecinos declararon que eran frecuentes los altercados entre amo y criado a consecuencia de asuntos de dinero. Y aquellas declaraciones hicieron dictar auto de procesamiento y prisión contra Grim, a quien las apariencias acusaban de ser el asesino.

Cuando Dora se enteró de que un hombre inocente sufría por culpa de ella los rigores de la prisión, sufrió un nuevo dolor que se añadió a los innumerables que roían su conciencia.

Ella no podía consentir que un inocente fuera condenado a muerte o a presidio.

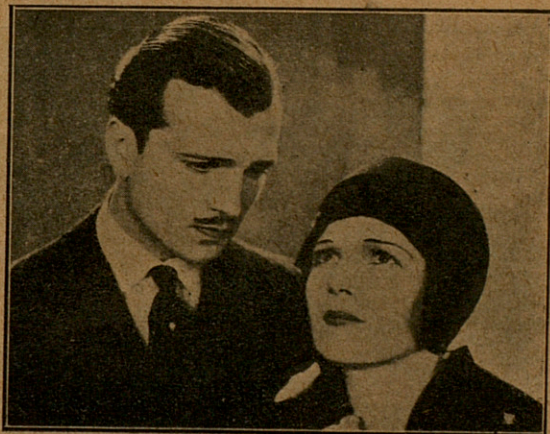
Necesitaba salvarle, acusándose si era necesario... Pero esta idea la estremeció. Iba a deshonrar con su declaración a Kessler, que precisamente iba a presidir el Tribunal que debía juzgar a Grim.

Dispuesta a hacer todo lo posible para ayudar a aquel pobre hombre, que aseguraba formalmente su inocencia, rogó al abogado Juan Weild se encargara de la defensa del desgraciado.

Le pareció chocante la petición al abogado, y quiso rehuirla, pero tanto insistió ella asegurándole que por los relatos leídos le daba com-

pasión aquella pobre víctima de la morfina, que Weild aceptó el encargo.

Era considerado Weild un abogado de gran porvenir y había obtenido grandes triunfos en el foro.



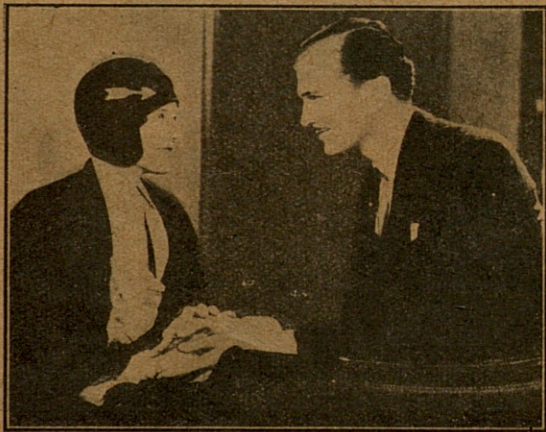
se encargara de la defensa...

Pensaba Dora que lograría la libertad de Grim como había conseguido hacerlo con otros procesados.

Los meses que precedieron a la vista y durante los cuales sufrió el inocente criado prisión preventiva, fueron de intenso sufrimiento para aquella mujer que se acusaba a cada ins-

tante de consentir que un hombre padeciese por su culpa, que sobre un ser inocente recayera el estigma de un crimen que no había realizado.

Varias veces intentó relatar a su marido toda la verdad, decirle que ella había dado muerte



Weid aceptó.

a Hartmann para defender su honor, que el malvado quería atropellar. Pero... ¿qué iba a pensar Kessler cuando supiese que ella se carteaba en una correspondencia peligrosa con aquel aventurero?

La idea de que él sospechara alguna infideli-

dad, la obligaba a enmudecer y a guardar para sí el íntimo secreto.

Producto de aquel dolor era una nerviosidad constante, un mal humor que contrastaba con el carácter apacible y bondadoso de antes. Kessler, que al principio no se había fijado en aquel cambio, acabó dándose cuenta de él y extrañándole los desplantes, los enojos, la excitación en que hallaba sumida a su esposa.

¿Qué le ocurría? Ella se echaba a llorar hablando de que estaba cansada de la vida, de que ya no creía en el amor, de que anhelaba divorciarse.

Como no había motivo ni causa alguna que pudieran justificar aquellas palabras absurdas, el juez las atribuyó a ún estado de debilidad nerviosa que podría curársele con un nuevo viaje al extranjero.

Dora se horrorizó al escuchar la proposición y protestó enérgicamente. No, de ninguna manera. No se quería mover de la ciudad.

¡Pobre Dora!, pensaba el juez, muy preocupado. ¿A qué se debía aquel estado de frenesí? Y Kessler, hombre que tanto había ahondado en las conciencias ajenas, no podía adivinar ni por asomo la crisis implacable que estaba sufriendo el corazón de su mujer.

Llegó finalmente el día de la vista. Un Jurado competente se disponía después a oír los pareceres de todas las partes actuantes, a dar su veredicto.

Kessler presidía la Sala; y defendía al procesado Grim, que, asustado y temeroso, se hallaba junto a su defensor, el famoso abogado Juan Weild.

Entre el público se encontraba Dora, que había querido asistir a la vista con esta necesidad fatal de los criminales para todas las cosas que se refieren a su delito.

Desfilaron varios testigos, los cuales dieron informes poco favorables a Grim.

El fiscal acusó enérgicamente al procesado, alegando que estaba demostrada la culpabilidad de Grim, y solicitando cadena perpetua. Pero el defensor supo pronunciar un discurso persuasivo, magnífico, negando las pruebas aducidas, manifestando que todo se había basado en conjeturas, en suposiciones y que no había fuerza legal humana para acusar. Pintó un emocionante cuadro de aquel pobre Grim, estragado por la morfina, pero hombre débil y tímido, incapaz de haber realizado un acto como el de que se le suponía responsable. Y acabó solicitando del Jurado constituido por gentes de noble corazón, un veredicto de inculpabilidad.

Reunióse el Tribunal popular, acordando un fallo de acuerdo con el defensor. No había pruebas suficientes para condenar a aquel hombre; aunque hubiera la suposición moral del crimen, faltaba todo aserto material. Además, tenía razón el defensor. ¿No podía haberle matado alguna otra persona? ¿No había hablado Grim,

así vagamente, de una hermosa señora de la alta sociedad que había estado dos veces en pocos días a dar dinero a Hartmann? ¿Por qué no podía ser ella? Grim, desgraciadamente, no



Cayó desvanecida.

recordaba el nombre de la dama y no pudo aportar ningún nuevo dato sobre ello.

Y la Sala de Justicia presidida por Kessler, puso, en virtud de todo aquello, en libertad a Grim.

Dora, que había asistido a todos los incidentes de la vista, no pudo contener por más tiem-

po su excitación nerviosa y cayó desvanecida.

Corrieron a auxiliarla varios abogados, entre ellos Juan Weild, quien la llevó a una de las salitas de la Audiencia.

Más tarde llegó el juez Kessler, profunda-



...la recriminó con cierta energía...

mente sorprendido al ver allí a su esposa que ya había vuelto en sí.

La recriminó con cierta energía por haber asistido a la sesión. ¿A quién se le ocurría, encontrándose enferma de los nervios, concurrir a un proceso?

Ella se echó a llorar y costó mucho trabajo calmarla. Mas por fin su marido y Weild la llevaron a casa y consiguieron que se serenase un poco.

Aquella noche, por primera vez desde hacía muchos meses, durmió de un solo tirón. Es que sabía que habían libertado a Grim y su conciencia se había quitado un gran peso de encima.

* * *

Pasaron meses. Poco a poco la tranquilidad volvía a renacer en el alma de Dora.

Ya nada debía temer de aquel asunto, definitivamente liquidado. Grim estaba en libertad y esto era esencial. La policía no había vuelto a investigar nada acerca de aquel asunto. Hartmann era al fin y al cabo un aventurero, un hombre poco interesante.

Dora examinó su propia conciencia y encontró que no tenía nada que reprocharse. Había ma-

tado por defender su honra, y en todos los códigos es un eximente esta circunstancia poderosa.

Estaba tranquila, pero no todavía del todo. Guardaba aquel secreto para sí. Entre su marido y ella parecía levantarse la barrera de aquel misterio.

Kessler no sospechaba nada, pero Dora se acusaba muchas veces de infiel.

¿Y por qué no se lo decía todo? ¿Y si el juez no la creyese? ¿Y si no creyera en aquellos romanticismos, en la influencia del clima de Italia y pensara que Dora era realmente culpable de una deshonor?

Ella amaba a su marido, y la idea de perderle, de tener que separarse de él, la horrorizaba.

Llegó la noche de Año Nuevo. Kessler y su esposa fueron a celebrarla a un lujoso restorán que estaba animadísimo. Pero ellos ocupaban un palco desde donde podían presenciar sin incomodidad alguna el espléndido baile.

El juez se levantó un momento para ir a saludar a unos abogados que se hallaban en otro palco.

Quedó Dora sola ante la mesa, a tiempo que entraba un criado para destapar una botella de champaña.

La impresión de Dora fué indescriptible al reconocer en aquel criado a Grim, al hombre que había sufrido prisión por culpa de ella, a quien habían acusado de la muerte de Hartmann,

Grim reconoció también a Dora como la mujer que había estado varias veces en casa del muerto.

—¡Usted, señora!—dijo el criado—. Ya debe estar enterada de que murió Hartmann, ¿verdad? Me detuvieron... he sufrido mucho... me acusaban de haber muerto a mi amo... Y como yo era inocente, fuí libertado. ¡Ah, señora! Yo no sé cómo se llama usted... pero, ¿por qué no declaró también entonces? ¿No podía haber ayudado en algo al esclarecimiento de las cosas?

—Nada sabía, Grim... se lo aseguro... Sentí mucho lo que le estaba a usted pasando, porque me decía el corazón que era usted inocente.

—¡Pobre amo mío! Era bueno a pesar de sus desplantes... A mí me había atendido en todo... menos en dinero. ¿Quién lo habrá matado? ¿Quién habrá sido el responsable?

Llenó las copas de champaña y se alejó de allí a tiempo que entraba el juez Kessler, que desde el exterior, junto al cortinaje, había estado escuchando la conversación entre su esposa y el criado.

—Dora—dijo a su mujer—. He oído vuestro diálogo. ¿Qué misterio hay aquí? ¿Qué sabes tú de la muerte de Hartmann? Habla, por favor... piensa que se forjan en mi imaginación pensamientos terribles que me enloquecen.

Dora se echó a llorar viendo descubierta por una extraña casualidad lo que tanto había que-

rido evitar. Pero ya no podía negarse a callar por más tiempo. Y en voz baja, con verdadera emoción, explicó a su marido todo lo ocurrido desde que conociera a Hartmann en un hotel de Roma hasta el día en que lo mató para defender su honra amenazada.

Nada ocultó, ni siquiera las cartas románticas, puramente platónicas, que había escrito sin menoscabo del amor que profesaba a su marido, unas cartas de jovencita que aun siente la influencia de sus primeras lecturas sentimentales.

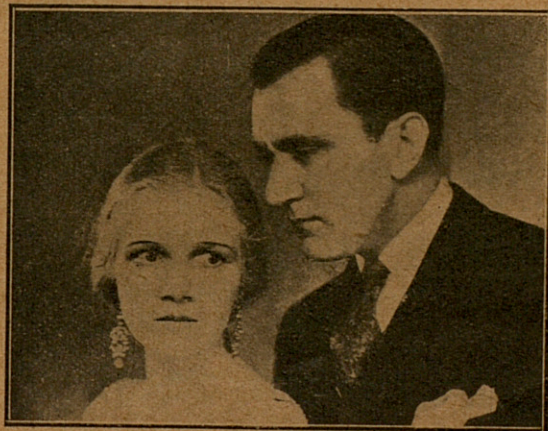
—Pero te juro que nunca amé a ese hombre, que jamás dejé de quererte, Kessler, que sólo a ti te adoré... ¡Perdóname, querido mío! He sufrido mucho. Durante meses y meses mi alma ha sido un verdadero calvario... perdóname. Y si consideras que debo ser acusada, llévame al Tribunal... hazlo, pero antes me divorciaré de ti. No quisiera ir al banquillo siendo tu esposa ni deshonrar tu carrera.

La confesión de su esposa había impresionado profundamente al juez. No en balde veía que Dora había matado a un hombre, cuya muerte fué durante algún tiempo la preocupación de la justicia.

Pero comprendiendo lo que había sufrido aquella criatura, perdonando su silencio, sus debilidades y sus influjos románticos que él conocía también de cuando mozo, la abrazó contra su corazón y le dijo:

—¡Levanta la cabeza y mírame, Dora queri-

da! Estás perdonada. No hay en mi alma rencor contra ti... Te quiero y ni un momento he dudado de tu cariño. Soy yo quien me acuso de no haber realizado contigo el viaje a Italia, de preferir mi profesión a la compañía de mi mujer-



...ni un momento he dudado de tu cariño.

cita. Eso no sucederá ya más. En lo sucesivo me acordaré más de ti que de otras cosas.

—Kessler... ¡qué loca he sido! Yo no he tenido hasta hoy bastante confianza en ti para explicarte mi aventura. ¡Qué loca! ¡Con lo bueno que eres!

Y estampó en sus labios un fuerte beso... En aquel momento las orquestas tocaban un himno triunfal. Sonaban las doce. Año Nuevo... Año Nuevo también para el alma de Dora, que sin acordarse ya más del tenebroso pasado, sólo viviría para sus deberes de mujer casada.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16; Madrid: Caños, 1

Tirograffa-Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona

Al éxito sin par de la edición popular, al precio de 1 pta., con el mismo texto de la edición primitiva, de la más emocionante de las novelas filmadas hasta la fecha

EL GRAN DESFILE

por **John Gilbert** y **Renée Adorée**

sigue el de

DU BARRY, MUJER DE PASIÓN

por **Norma Talmadge** y **Conrad Nagel**

y el otro acontecimiento

LA VIUDA ALEGRE

por **Mae Murray** y **John Gilbert**

ESTA SEMANA:

Angeles del infierno

por **Jean Harlowe**, **James Hall** y **Ben Lyon**

Una maravilla de **Los Artistas Asociados**

MUY EN BREVE:

CUERPO Y ALMA

por **Jorge Lewis**, **Ana María Custodio**, **José Nieto**, **Alcántara**, **Carlos Villarrias**, etc.

FILM FOX TEMPORADA 1931-1932

En edición popular a 1 peseta

¡NO DEJE DE ADQUIRIRLAS!

¡NOVEDAD!

EL FILM RUSSO

Publicación de asuntos rusos llenos
de emoción y extraordinario interés

Números publicados:

EL EXPRESS AZUL

EL BATELERO DEL VOLGA

Acaba de aparecer:

EL PUEBLO DEL PECADO

En prensa:

EL ESPÍA

Inmejorable presentación
Literatura humana, fuerte

Precio: **50** céntimos

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10, bis. - BARCELONA

2

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
